

ánimo, que ya estás una hora mas cerca de la eternidad. Ya seas feliz, ya seas desgraciado; ya todo te salga mal, ó ya todo te salga bien; ya te halles en elevacion, ó ya te veas en oscuridad; ya gimas acosado de enfermedades, ó ya goces la mas robusta salud, protesta á tu Dios lo mucho que deseas poseerle cuanto antes en el cielo, y el disgusto con que estás en esta vida, aunque lleves con paciencia y con resignacion sus miserias y trabajos.

2. Evita aquellas quejillas, que son efecto de nuestra impaciencia, de nuestra inmortificacion y de nuestra poca virtud. En todas las aflicciones que te ocurrieren acuérdate de la muerte, como término que ha de poner fin á todas las miserias. No hay cosa que tanto vaya desgastando los lazos que nos tienen aprisionados á la tierra, como las adversidades. Piensa con frecuencia en la feliz mansion de los bienaventurados, y siempre que hagas oracion por los difuntos procura disgustarte de esta vida. El pensamiento de la muerte consuela mucho á los que viven cristianamente; lo que nos hace amarga su memoria es el desórden de la vida. Vive bien, sé devoto, ama á Dios, y te parecerá dulce la muerte; sazona todos los gustos de la vida con este saludable pensamiento; si tuviéramos viva fe, ninguno dejaria de envidiar santamente á los muertos que mueren en el Señor. *Quam sordet terra cum caelum aspicio!* decia S. Ignacio. ¡Qué hedionda me parece la tierra siempre que pongo los ojos en el cielo! Siente tú lo mismo y practica lo propio.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE LOS SIETE SANTOS HERMANOS, HIJOS DE SANTA FELICITAS MÁRTIR, CUYOS NOMBRES SON GENARO, FELIX, FELIPE, SILVANO, ALEJANDRO, VIDAL Y MARCIAL, en Roma, siendo emperador Antonino, y prefecto de la ciudad Publio. Genaro fué azotado con varas, encarcelado, y por último muerto con azotes de cordeles emplomados; Felix y Felipe fueron muertos á palos; Silvano despenado; Alejandro, Vidal y Marcial degollados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LAS SANTAS VIRGENES Y MÁRTIRES RUFINA Y SEGUNDA, hermanas, también en Roma; las cuales en la persecucion de Valeriano y Galieno, despues de varios tormentos, hendida la cabeza de la una con un golpe de espada, y degollada la otra, volaron al cielo: sus cuerpos se guardan con la debida veneracion en S. Juan de Letran junto al baptisterio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES GENARO, MARINO, NABOR Y FELIX, en Afri-

ca, los cuales fueron degollados. (Fueron de los primeros que en Africa derramaron su sangre por la fe de Jesucristo, y al parecer S. Merino era español.)

LOS SANTOS MÁRTIRES LEONCIO, MAURICIO, DANIEL, Y SUS COMPANEROS, en Nicópolis de Armenia; los cuales fueron atormentados de diferentes maneras, en tiempo del emperador Licinio, siendo presidente Lisias; y finalmente arrojados á una hoguera consumaron el martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES BIANOR Y SILVANO, en Pisidia; los cuales habiendo padecido crueles tormentos por el nombre de Jesucristo, finalmente fueron degollados.

SAN APOLONIO, mártir, en Iconio; el cual puesto en una cruz consumió gloriosamente su martirio.

SANTA AMELBERGA, virgen, en Gante.

SANTA FELICITAS, Y SUS SIETE HIJOS MÁRTIRES.

Por los magníficos elogios que los santos Padres tributan á santa Felicitas, y por los grandes dictados que la aplican, se deja bastante entender que no solo fué una de las mas virtuosas, sino de las mas distinguidas señoras de Roma, así por su calificada nobleza, como por los empleos de su no menos ilustre marido. Floreció hácia la mitad del segundo siglo, en tiempo de los emperadores Antonino y Marco Aurelio. Es muy verisímil que tambien fué cristiano su marido, cuando permitió que ella lo fuese, y que criase á sus hijos en la fe y en el santo temor de Dios.

Muerto el marido en el año 160, se persuadió Felicitas que habia el Señor disuelto el lazo que la tenia ligada á su esposo, para ocupar él solo en adelante todo su corazon. Hizo voto de no pasar á segundas nupcias, pareciéndola el estado de la viudez muy propio para santificarse; y renunciando las galas, el fausto y la profanidad, se dedicó á copiar perfectamente el retrato de una viuda cristiana, que hace el apóstol S. Pablo. Desde luego encontró grandes atractivos en la soledad y en el retiro. Pasaba gran parte del día y de la noche en sus devociones; pero como sabia muy bien que la primera de todas ellas debia ser la educacion de sus hijos y el gobierno de la familia, á ésta se aplicaba principalmente. Tenia siete hijos, todos de poca edad, Genaro, Felix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vidal y Marcial, los cuales, por el cuidado que tuvo su santa madre de criarlos piadosamente, no solo con sus lecciones, sino tambien con sus ejemplos, muy en breve se hicieron unos tiernecitos santos.

Hablábalos continuamente del oropel y falsa brillantez de los



STA. FELICITAS,
Y SUS SIETE HIJOS MRTS.



honores de esta vida, como de la brevedad, vanidad é inconstancia de los bienes caducos y perecederos de este mundo, espli- cándoles frecuentemente la gloria que gozaban los bienaventu- rados en el cielo. ¡Qué dichosos seriais, hijos míos, los decia muchas veces, contándolos lo que padecian en Roma y en otras partes tantos ilustres mártires; qué dichosos seriais vosotros, y qué afortunada madre sería yo; si algun dia os viera derramar vuestra sangre por Jesucristo! Las continuas oraciones que hacia por ellos, y sus fervorosas palabras, inflamaron de manera á aquellas inocentes almas en el deseo de ser mártires, que cuando se juntaban los siete hermanos no acertaban á hablar entre sí de otra cosa que del martirio. Yo, decia Genaro, soy el mayor de todos; y por mayor tengo derecho á dar mi sangre por la fe antes que otro alguno. Aunque los dos seamos los mas pequeños, replicaban Vidal y Marcial, no seremos menos generosos; y si el tirano quisiera perdonarnos por mas niños, levantaríamos tanto el grito diciendo que éramos cristianos, que le habíamos de obligar á no negarnos la corona del martirio. ¿Y los demás, decian los otros, piensas que habíamos de estar mudos? Tambien te- nemos nuestra lengua, y tambien sabríamos gritar de manera que nos oyesen. Oia la virtuosísima señora con indecible gusto este piadoso desafio de sus hijos, y pedia sin cesar al Señor que se dignase escogerlos por sus inocentes víctimas.

Cumpliórsela muy presto sus deseos. Hacia tanta impresion en los corazones la ejemplar vida de Felicitas y de sus hijos, que no solamente se edificaban y se confirmaban en la fe los cristia- nos de Roma, sino que hasta los mismos gentiles se admiraban; y persuadidos muchos á que no podia menos de ser verdadera aquella religion que profesaban almas tan puras y tan santas, re- nunciaban sus impías supersticiones, y abrazaban el cristianismo. Sobresaltáronse tanto los sacerdotes de los ídolos, que acudieron al emperador Marco Aurelio, el cual se hallaba á la sazón en Roma, y le representaron que no habia que esperar el favor de los dioses inmortales, mientras Felicitas y sus siete hijos hi- ciesen tan alto menosprecio de ellos en medio de la capital del imperio; que así el bien del estado como el honor de su majes- tad imperial se interesaban mucho en que ya no se sufriese que aquella atrevida familia insultase por mas tiempo la antigua re- ligion de los romanos; y que para aplacar la cólera de los dioses, suplicaban á su majestad espidiese sus imperiales órdenes, man- dando que aquella señora y sus hijos públicamente les ofreciesen sacrificios.

Intimidado el emperador con esta representacion, y siendo por

otra parte muy zeloso de sus supersticiones, dió orden para que la madre y los hijos fuesen arrestados, encargando á Publio, prefecto de Roma, que prontamente los sustanciase su causa, si se resistian á obedecer y á sacrificar á los dioses, para aplacar- los. En atencion á la nobleza, á la reputacion y á las estraordi- narias prendas de aquella señora cristiana, tentó el prefecto to- dos los medios que pudo para ganarla y para reducirla.

No se puede esplicar el gozo de la cristiana heroína y de sus hijos cuando se les intimó de orden del emperador que compa- reciesen ante el prefecto. Al punto partió Felicitas á casa de este magistrado, el cual la recibió con el mayor honor, y la habló con grande cortesania, diciéndola, que el emperador tenia vo- luntad de colocar á sus hijos en los mas distinguidos empleos, como ella y ellos sacrificasen á los dioses del imperio; sin lo cual, añadió, temo que todos seais condenados á los mas crueles tormentos. Señor, respondió la Santa con mucha modestia, pero con igual resolucion, *tan poca fuerza me harán los tormentos como las promesas; porque el Espíritu Santo, que habita en mí, fácilmente me puede sacar victoriosa de todos los esfuerzos del in- fierno. Toda mi confianza la tengo puesta en mi Dios; y como yo y mis hijos le seamos fieles, espero que no nos vencerán ni los suplicios ni los halagos.* Admirado Publio de semejante res- puesta, la dijo: *¡Pobre señora, y qué lástima os tengo de que mi- reis la muerte con esa complacencia! por lo menos dejad vivir á vuestros hijos.* Mis hijos, replicó Felicitas, *vivirán eternamente si perdieren la vida por tan buena causa; y desde luego los ten- dria yo por muertos, si por vivir cayeran en la flaqueza de sa- crificar á los ídolos.*

Pasó esta conferencia privadamente en casa del prefecto sin formalidad de juicio; pero el dia siguiente se dejó Publio ver en su tribunal del Campo Marcio, y compareció ante él la madre con sus siete hijos, llevando todos vivamente pintada en el sem- blante la alegría de sus corazones. Movido el prefecto de la her- mosura de todos, se volvió á la madre, y la dijo: *¿Es posible que no tengas compasion de esta tierna y bella juventud? Venid, pobrecitos niños, venid, hijos míos, que yo os quiero hacer di- chosos. No sino eternamente desventurados,* replicó prontamente Felicitas, con autoridad de madre, y con resolucion de heroína; *dí que los quieres perder, y hacer infelices por toda la eternidad.* Y volviéndose á los niños, prosiguió diciéndoles con entereza y con alegría: *Hijos míos, ya llegó el dia de vuestro triunfo: le- vantad los ojos al cielo, y mirad á Jesucristo, que á cada uno de vosotros presenta una corona. El derramó su sangre por vues-*

tra salvación; derramadla vosotros valerosamente por su gloria; no temáis la muerte ni los tormentos; haceos dignos del martirio por vuestra constancia; mostraos fieles, y manteneos firmes hasta el último suspiro en la fe de Jesucristo

Irritado el prefecto al ver la intrepidez de la Santa, mandó que allí mismo la diesen crueles bofetadas en castigo de la libertad y de la osadía con que en su misma presencia se atrevía á exhortar á sus hijos á que fuesen desobedientes á las órdenes del emperador. Hizo despues que se acercasen los hijos; y hablando con el mayor, le dijo: *Sé mas cuerdo que tu madre, y obedece al emperador; si no, voy á mandar que te despedacen á azotes, y á condenarte á los mas crueles suplicios: Mi madre fué muy cuerda, respondió Genaro, y yo seria un insensato, si por miedo de tus tormentos me procurase una muerte eterna. ¿Es cordura desobedecer á mi Dios por obedecer al príncipe? No temo los azotes ni los suplicios, y espero que mi Dios me dará gracia para que le sea fiel hasta la muerte.* Al oír el juez tan determinada respuesta, mandó que le azotasen cruelmente, y despues le llevasen á la cárcel.

Creyendo el prefecto que encontraría al segundo mas dócil y menos resuelto, intentó engañarle, haciéndole un largo razonamiento sobre el quimérico poder de sus dioses. Interrumpióle Felix, y le dijo con intrepidez: *No es menester mas que una tintura de razon y de buen juicio para conocer que todos vuestros dioses son puras fábulas. Ten entendido que ni hay, ni puede haber mas que un solo Dios verdadero. Esto es lo que yo creo, y esto es tambien lo que creen todos mis hermanos: no serán capaces todos tus tormentos de alterar nuestra fe, ni disminuir el amor que profesamos á nuestro Salvador Jesucristo, por cuya gloria nos tendremos por dichosos en derramar nuestra sangre, y en dar nuestras vidas.* Atónito el prefecto con tan valerosa respuesta, mandó que le tratasen como al primero. Y juzgando por la de estos dos la disposicion de los demás, dió orden para que á todos los llevasen á la cárcel, dejando solo en el tribunal á los dos mas pequeños, que por mas tiernos y mas niños creyó serian mas flacos y menos resueltos.

Acariciólos y halagólos, procurando ya engañarlos con promesas, y ya espantarlos con amenazas; pero los halló tan bien instruidos, y tan determinados como todos los demás. *No pienses, dijo el niño Vidal, que porque soy mas pequeño que mis hermanos he de ser menos generoso que ellos. ¿Pues qué, le preguntó el juez, estás ya cansado de vivir? No señor, respondió el niño; pero estoy pronto á morir antes que sacrificar á los demonios.*

¿Y quiénes son los demonios? replicó Publio. Los dioses que vosotros adorais, respondió Vidal, á los cuales querias tú que yo ofreciese sacrificios; pero no te canses, que no lo haré aunque me quites la vida. Marcial, que era el mas pequeño de todos, mostró una intrepidez y un valor igual al de los demás; y con el miedo de que le perdonasen por tan tierno, gritaba sin cesar: *Yo tambien soy cristiano; tambien tengo tanto horror á vuestros idolos como mis hermanos; yo tambien quiero morir, porque soy cristiano, soy cristiano.*

Pasmóse Publio, no pudiendo menos de admirar tanto valor y tanta resolucion en aquella tierna edad. Mandó asegurar en la cárcel á todos los siete hermanos, y pasó á dar cuenta del interrogatorio al emperador, que no quedó menos asombrado; pero dió orden para que al instante los quitasen la vida. Llenáronse de gozo los santos mártires cuando los intimaron la sentencia, y fueron al lugar del suplicio como al teatro de su triunfo. Genaro fué azotado con escorpiones de plomo, y espiró en este tormento; Felix y Felipe murieron molidos á palos; Silvano fué precipitado; á Alejandro, Vidal y Marcial los cortaron las cabezas. La misma suerte tuvo Sta. Felicitas, siendo degollada la postrera. Temia tanto, dice S. Gregorio, dejar á sus hijos en esta vida, como los padres carnales temen sobrevivir á los suyos. A la gloria de su martirio particular, dice el mismo santo Padre en la homilía que predicó á Sta. Felicitas, se puede decir que añadió la del martirio de sus hijos, y que fué ocho veces mártir.

Estos santos mártires fueron depositados en lugares distintos. Genaro en el cementerio de Pretextato; Felix y Felipe en el de Priscila; Silvano en el de Máximo; Alejandro, Vidal y Marcial, en el de los Jordanes en la via Salaria. El cuerpo de la gloriosa madre en el siglo v. estaba en este cementerio, que ya entonces se llamaba de Sta. Felicitas. El Martirologio romano señala hoy la fiesta de los siete hermanos y la de la madre el día 23 de noviembre.

LAS SANTAS RUFINA Y SEGUNDA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.

Las santas hermanas Rufina y Segunda eran doncellas romanas nobilísimas, hijas de Asterio y de Aurelia. Fueron criadas en la religion cristiana, y eran muy conocidas en Roma por su virtud y por el zelo de la religion, cuando sus padres las desposaron con dos caballeros romanos, Armentario y Verino, que tambien hacian profesion del cristianismo. Pero habiéndose encendido la persecucion en tiempo del emperador Valeriano, nuestros

dos desposados caballeros apostataron de la fe; lo que causó tanto horror á Rufina y á Segunda, que resolvieron no tener mas esposo que á Jesucristo, y desde luego hicieron voto de perpetua virginidad. Supiéronlo los dos apóstatas, y las denunciaron por cristianas á Donato, prefecto de Roma. Mandólas éste prender, y no perdonó á diligencia alguna para derribarlas de la fe y combatir su constancia. Dijolas que era cosa indigna de unas doncellas tan nobles y tan ilustres incurrir en los delirios de una religion, que solo era buena para criar viles esclavos. *Mal conocéis, señor, nuestra religion*, le respondió Rufina, tomando la palabra; *en ella sola se goza de una santa libertad, porque ella sola nos libra de la esclavitud de nuestras pasiones, y nos conduce á una felicidad eterna*. Desesperando el prefecto de reducir la con sus largos razonamientos; hizo llamar á su hermana Segunda, y en su presencia mandó golpear cruelmente á Rufina. Tan léjos estuvo aquélla de intimidarse á vista de esta crueldad, que dijo al prefecto: *¿Qué razon tenéis, señor, para honrar tanto á mi hermana, y para escluirme á mí de la misma honra? A lo que veo*, respondió el juez, *tan loca eres tú como tu hermana. No somos locas*, respondió Segunda, *pero somos cristianas; y pues en ambas hay la misma causa, parece justo que ambas logremos la dicha de padecer por Jesucristo. ¿Qué dicha es, esclamó Donato, sufrir tormentos, y perder la vida? Muy grande*, respondió la Santa; *porque cuantos sean los tormentos, tantas serán las coronas; y lo que llamáis perder la vida, es el origen de una eterna felicidad*. Advirtiéndolo el prefecto que el pueblo se conmovía con aquel espectáculo, dió sentencia de que fuesen degolladas en un bosque que habia junto á la via Aurelia, y así se ejecutó el dia 10 de julio, el mismo en que concurrió el martirio de Sta. Felicitas y de sus hijos; pero no en el mismo año, porque éstos recibieron la corona hácia el de 164, y aquéllas por los de 257. Diéronles sepultura en el mismo sitio de su martirio, en el cual se comenzó á edificar despues á su honra un templo que no se acabó hasta el pontificado de S. Dámaso á fines del siglo iv. Arruinada esta iglesia fueron trasladadas las santas reliquias á Roma y colocadas en la iglesia de S. Juan de Letran junto al bautisterio.

SAN CRISTÓBAL, MÁRTIR.

EL valeroso y glorioso mártir S. Cristóbal fué cananeo de nacion, y siendo cristiano, movido por el Señor, vino á la provincia de Licia, para manifestarle y predicarle á aquellas

gentes, armándose con mucha y continua oracion, contra las batallas y dificultades que por ello le habian de venir. Era hombre de gentil disposicion, alta y grande estatura; y por esto atraia á sí los ojos de los que le miraban. Llevaba una vara en la mano; y habiéndola una vez hincado en el suelo, súbitamente reverdeció y floreció; y visto este milagro, muchos se convirtieron á la fe de Cristo nuestro Redentor, y por la oracion de S. Cristóbal, y por las maravillas que el Señor obraba por él, se iba propagando cada dia mas, y acrecentándose la Iglesia de los fieles, hasta que siendo Decio emperador, fué preso san Cristóbal en la ciudad de Samo, en la provincia de Licia. Procuró el juez ablandarle con promesas, y espantarle con amenazas, y persuadirle que adorase á sus falsos dioses; y como le viese constante y firme mas que una roca, envió dos mujeres lascivas y deshonestas á la cárcel, para que le provocasen á mal, pareciéndole que si le hacian perder la castidad, mas fácilmente perderia la fe y gracia de Cristo, á quien Cristóbal predicaba por Dios. Entraron las infames mujeres en la cárcel, y luego cayó sobre ellas un pavor y horror tan espantoso, que conociendo su maldad, se arrojaron á los pies de S. Cristóbal, suplicándole que les alcanzase perdon de Dios; y fueron de él tan bien enseñadas y confirmadas en la fe verdadera del Señor, que murieron despues por ella, con otros cuarenta que por la predicacion de S. Cristóbal se habian convertido; y otros muchos caballeros por la misma causa padecieron la misma pena, y derramaron su sangre por el Señor. Pero como el juez viese que ninguna cosa bastaba para trocar el corazon de Cristóbal, determinó ejecutar en él su saña y furor, y hacerle morir con nuevos y esquisitos tormentos. Mandóle primeramente azotar crudamente; despues poner sobre su cabeza un yelmo encendido hecho ascua, y tenderle sobre un escaño de hierro, hecho á la medida de su cuerpo, y rociándole todo con aceite hirviendo, poner fuego debajo, para que poco á poco se asase y consumiese. Mas el fortísimo mártir con rostro sereno decia al tirano: *Por la virtud de Jesucristo yo no siento tus tormentos*; y así salió de este tan cruel, libre y sin lesion alguna, y muchos de los circunstantes se convirtieron al Señor. Mandóle despues el juez atar á un palo, y asaetear; pero todas las saetas que le tiraron, no le hirieron, ni fueron parte para hacerle daño, antes una de ellas dió en el ojo de un verdugo, y se le sacó, y quedando ciego, untándose con la sangre del mártir que habia caido en tierra, cobró la vista del cuerpo y del alma, alumbrado por el Señor. Al cabo le cortaron la cabeza, y antes que se la cortasen, pidió humildemente á Dios, que ni

granizo, ni piedra, ni fuego, hambre, ni pestilencia, hiciesen daño, do quiera que estuviere sepultado su cuerpo; y con esta oracion dió su bendita alma en las manos del Señor, que le habia criado, y dado victoria de la misma muerte. Convirtiéronse á la fe de Cristo, por su predicacion, cuarenta y ocho mil personas. S. Ambrosio hace mencion de S. Cristóbal, y en la prefacion de la misa que pone para la fiesta de este glorioso mártir, dice las palabras que me han parecido referir aquí, porque son una breve suma de toda su vida: *Vos, Señor, (dice) disteis á Cristóbal un colmo de virtudes tan lleno, y una gracia de doctrina tan soberana, que con ella y con sus milagros convirtió cuarenta y ocho mil almas, y despedidas las tinieblas de la gentilidad en que estaban, las alumbró con la lumbré de la fe. El redujo á la gloria de la castidad á Aniceta y Aquilina, que eran públicas y malas mujeres, y habian hecho callos en la inmundicia y torpeza de la deshonestidad, y las enseñó á confesar vuestra fe, y morir por ella, y recibir la corona. Demás de esto echado en el fuego, y apretado en un escaño de hierro, no temió el estremado calor, ni pudo ser traspasado con las saetas, que un dia entero le tiraron los soldados; antes una de las saetas sacó el ojo al verdugo; pero la sangre del bienaventurado mártir mezclada con la tierra, le restituyó la vista, y quitándole la ceguedad del cuerpo, alumbró su ánima. Alcanzó perdon y gracia para sanar las enfermedades y dolencias con su intercesion. Todo esto es de S. Ambrosio. Fué el martirio de S. Cristóbal, el dia que la Iglesia hace de él conmemoracion, en 25 de julio, año del Señor de 254, imperando Decio, como dice el Martirologio romano, y el cardenal Baronio.*

Comunmente se pinta S. Cristóbal con el niño Jesus en el hombro, como que le pasa un rio, y no hallo qué fundamento tenga pintarle así, sino es por un simbolo de que S. Cristóbal pasó las muchas olas de tormentos y trabajos, con la gran fortaleza que le dió el Señor. El ponerle en lugares altos debe ser por la gracia que nuestro Señor le concedió contra las tempestades de granizo y truenos, como queda dicho.

La misa es del comun de los mártires, y la oracion la siguiente:

Concedenos, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la fortaleza de tus invictos mártires en la confesion de tu fe, experimentemos la eficacia de su intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 31 del libro de los Proverbios y la misma que el dia VIII, pág. 173.

REFLEXIONES.

Levantáronse sus hijos, y llenáronla de bendiciones. No hay mejor testimonio de la virtud de una madre ni panegirico mayor, que las bendiciones de los hijos. Este reconocimiento es fruto de la buena educacion que recibieron de ella. ¿Pero son muchos los hijos el dia de hoy que puedan con verdad espresar este reconocimiento? ¿son muchas las madres que dan una cristiana educacion á sus hijos? Apenas nacen los mas cuando los echan fuera de casa. Criados y educados fuera de la casa paterna miran á sus padres como á estraños, y no es posible los miren de otra manera. Calla en los niños la naturaleza, porque no se la enseñó á hablar; ni en los padres puede ser muy vivo el amor á unos hijos que apenas saben si viven. ¡Y nos admiramos despues de que los hijos salgan tan ingratos, estrañando que las mayores desazones de las familias las causen los mismos parientes! ¿Quién ha de inspirar á un hijo aquella respetuosa docilidad, aquella rendida obediencia, aquel tierno y amoroso respeto á un padre y á una madre que apenas conoce? Todo el amor del niño es al ama que le da leche, pues no conoce á otra madre; no sabe quiénes son sus padres hasta que se lo dicen. Y entonces, ¿qué educacion se les da? La que quiere una aya, una criada ó un ayo desconocido, cuyo genio, inclinaciones y costumbres se ignoran enteramente; gentes muchas veces de pocos alcances y de costumbres perversas. En estos se descansa, y en ellos se descuida de la mas esencial obligacion que tienen los padres, que es la educacion de los hijos. Pero supongamos que los mismos padres sean los mejores maestros para dar á sus hijos una cristiana educacion; los niños mas fácilmente imitan lo que ven, que retienen lo que oyen. Un padre colérico, ¿cómo corregirá las fogosidades y los ímpetus de un hijo mal sufrido? Una madre jugadora, distraida y derramada, ¿cómo inspirará á su hija el debido horror al juego, al desahogo y al esparcimiento? Los hijos, por decirlo así, imponen á los padres una nueva obligacion de ser ejemplares en todo. En un padre de familias no hay defecto que no sea un escándalo; los vicios de los padres son modelos, y no lo son tanto las virtudes. La salvacion de los padres está en cierta manera pendiente de la salvacion de los hijos; son responsables de todos los pecados de estos, que tienen su origen en la mala educacion. ¿De dónde nacen los espanto-

sos desórdenes de la juventud? ¿de dónde aquella falta de religion? ¿de dónde la licencia de las costumbres, el exceso de impiedad, la escandalosa disolución? Atribuimos regularmente esos torrentes de maldad y esos desórdenes al ímpetu desenfrenado de la edad y al hervor de la sangre. La causa mas natural y la mas ordinaria es la falta de educacion. No atribuyamos, pues, á otras causas los alborotos de las familias, los desvergonzados desprecios de la autoridad paterna, las descaradas inobediencias y las sangrientas ingratitudes de los malos hijos. ¡Oh, qué cuenta se ha de dar á Dios de esta descuidada educacion! Aquel hombre de vida al parecer arreglada, quizá será condenado porque tuvo hijos perversos y mal criados.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Mateo.

En aquel tiempo hablando y quiénes son mis hermanos? Jesus á las turbas: He aquí que Y estendiendo la mano hácia su madre y sus hermanos es- sus discípulos, dijo: He aquí taban fuera solicitando hablar- mi madre y mis hermanos. Por- le. Díjole uno: Mira que tu que cualquiera que hiciere la madre y tus hermanos están voluntad de mi Padre, que es- fuera buscándote. Pero él, res- tá en los cielos, ese es mi her- pondeando al que le hablaba, mano, y mi hermana, y mi le dijo: ¿Quién es mi madre, madre.

MEDITACION.

La virtud consiste principalmente en hacer en todo la voluntad de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que hablando con propiedad, no hay virtud verdadera sino la virtud cristiana; y no hay virtud cristiana, sino en cuanto se conforma con la voluntad de Dios. Cualquiera accion que parezca virtuosa, si le falta esta cualidad, solo es una virtud material: no tiene mas que el nombre y la apariencia; pero no el mérito ni la gracia sobrenatural de verdadera virtud. Obras de misericordia, limosnas, actos de humildad, ejercicios de mortificacion, efectos del zelo, todo esto engaña; pero si no es eso lo que Dios quiere, y lo que pide Dios de la persona, todo ello no es mas que una máscara de virtud. *Quare jejunavimus, et non asperisti?* ¿Por qué ayunamos, podrán decir, y ni siquiera te dignaste de volver los ojos hácia nuestros ayunos? *Quare humiliavimus animas nostras, et nes-*

cisti? ¿Por qué nos humillamos, y no hiciste aprecio de nuestras humillaciones? Porque en los ayunos hicisteis vuestra voluntad, y no la mia: *Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra.* ¡Mi Dios, y qué admirable leccion es este oráculo del Profeta para tantos y para tantas, que en el ejercicio de las buenas obras y en su imaginaria devocion solo consultan su inclinacion á la impetuosa actividad de su genio! *Estos me dirán, Señor, Señor, y no entrarán en el reino de los cielos, dice el Salvador del mundo; pero aquellos entrarán en él, que hicieren la voluntad de mi Padre celestial.* ¿Quién habla? El mismo Jesucristo. ¿Será menester otro testimonio mas claro ni mas decisivo para curar nuestra ilusion? Es defecto muy comun en muchas personas devotas, que no hallan gusto en la virtud sino en cuanto se conforma con su natural y con su genio; en desaprobando lo que ellas desean, todo es disgusto, y todo es sequedad. El gran móvil de todas sus buenas obras y de todas sus devociones es la voluntad propia. Brilla, hace gran ruido su zelo; pero si toda la actividad de su zelo no reconoce otro impulso que el de la propia voluntad, ¿qué virtud ni qué mérito tendrán todas esas maravillas, todo ese ruido, ni todos esos trabajos? Muchos me dirán en aquel dia: *Señor, Señor, ¿pues no profetizamos en vuestro nombre? ¿no lanzamos en él los demonios de los cuerpos? ¿no hicimos en él muchos milagros? Y yo los respondere: Nunca os conocí, porque siempre hicisteis obras de iniquidad.* Así califica el Hijo de Dios las imaginarias obras buenas, que son partos de la propia voluntad. ¡Mi Dios, y qué estendiéndose está este error aun entre aquellas personas que hacen profesion de la mayor dependencia! Dícese que solo se desea hacer lo que Dios quiere; pero esto se entiende cuando solo quiere Dios lo que nosotros queremos. ¿Puede haber ilusion mas perniciosa ni mas grosera?

PUNTO SEGUNDO. — Considera el verdadero sentido y la fuerza de aquellas palabras del Evangelio: *Aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.* Sin este distintivo no nos reconoce Jesucristo; sin esta señal no hay verdadera virtud; como haga yo la voluntad de Dios en lo que hago, sea lo que fuere, no puedo dejar de agradarle. Este es el secreto para arribar á la mas eminente santidad. ¡Mi Dios, y de qué gran consuelo es esta verdad! O ya me vea elevado, ó ya abatido; sea el hombre mas opulento, ó sea el mas miserable; goce salud, ó esté cargado de achaques; ó me coloque Dios en algun empleo, ó me deje ar-

rinconado como un siervo inútil; si estoy donde quiere Dios, si hago lo que quiere, y me porto como quiere, no puedo hacer cosa mejor; nada tengo que desear para mi salvacion; tengo el consuelo de saber, que por poco, por despreciable y por vil que sea lo que hago, desde el mismo punto en que quiere Dios que lo haga, esa misma accion tan vil y tan despreciable es en mi una gran virtud, á la cual tiene Dios obligada una recompensa eterna, como esté mi alma en la debida disposicion para merecerla. Nadie, pues, imagine que para ser santo es menester hacer cosas extraordinarias; se engaña mucho en eso; no es menester hacer mas que lo que Dios quiere, cuando lo quiere, y como lo quiere. Hallase uno enfermo, y sin poder hacer cosa alguna; así lo quiere Dios: ves ahí un gran motivo de consuelo y un gran fondo de merecimiento; te seria perniciosa la salud, y el trabajar te perderia. Estás pobre y lleno de contratiempos; así lo quiere Dios: la prosperidad seria tu mayor desgracia, y la abundancia el origen de tu condenacion: Dios te ha puesto en ese estado, y debes vivir tranquilo. Bien puede ser que te pares en el camino, y que de esa manera nunca llegues al término; pero como andes por él sin detenerte, está cierto de que no te descaminarás. Con verdad se puede decir, que el rendimiento y la conformidad con la voluntad de Dios caracterizan todos los santos. Grande error es el de aquellos imaginarios devotos, que con pretexto de zelo, de obras de caridad y de devocion nunca hacen mas que lo que se les antoja; esclavos de su propia voluntad no reconocen otra guia; ciegos con la ilusion tienen por efecto de la gracia la satisfaccion que sienten en hacer su gusto. ¡Mi Dios, qué dolor y qué remordimientos causará en la hora de la muerte esta voluntaria ilusion!

No permitais, Señor, que yo lo esperimente en aquella hora: haced que de aquí adelante vuestra divina voluntad sea regla de la mia, y que nunca quiera sino lo que vos quereis.

JACULATORIAS. — Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. (*Matth. 6.*)

Padre mio celestial, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieries tú. (*Marc. 13.*)

PROPOSITOS.

1 Todos somos siervos del Padre de familias, y estamos en su servicio para hacer lo que nos mande, y nada mas. ¿Tendria ninguno en su casa por mucho tiempo á un criado que no

quisiese hacer mas que su gusto? Demos que fuese trabajador, mañoso y fiel; no importa: quíerese un criado dócil y obediente; no se estima nada de cuanto hace contra el orden de su amo. Concluye de aquí, que toda la virtud y todo el mérito consiste en hacer la voluntad de Dios. Nunca tengas mas devocion que esta, ni jamás te ejercites sino en aquello que Dios quiere; siempre que le pidas algo, añade aquellas palabras del Salvador: *Veruntamen non sicut ego volo, sed sicut tu*; pero en todo caso, Señor, que no se haga como yo lo quiero, sino como vos lo quereis. En todo lo que haces, procura tener el dulce consuelo de poder decir: *Hago lo que Dios quiere*; y ten presente que la propia voluntad es aquel gusano que roe y seca la hiedra, á cuya sombra descansaba el profeta Jonás. Desconfia de tí mismo, y de todo cuanto hicieres por tu eleccion y por tu gusto; no te dejes engañar; mira que es triste cosa no conocer la ilusion hasta la hora de la muerte.

2 No se puede enseñar devocion mas provechosa, que aconsejar á todos recen cada dia la oracion siguiente, sacada del admirable libro de la imitacion de Cristo, libro 3, cap. 15.

«Tú, Señor, sabes lo que es mejor; hágase esto, ó aquello como quisieres; dame lo que quisieres, cuanto quisieres, y cuando quisieres; haz de mí como sabes, como mas te agradare, y como fuere mayor honra tuya; ponme donde quieras, y haz libremente conmigo en todas las cosas. En tu mano estoy: vuélveme y tórname al rededor como te pareciere. Siervo tuyo soy, y á todo estoy dispuesto, porque no deseo vivir para mí, sino para tí; ojalá que sea digna y perfectamente. Dame que siempre desee y quiera lo que fuere mas acepto á tí y mas agradable. Hágase tu voluntad, y mi voluntad siga siempre á la tuya, y se conforme perfectamente con ella. Sea en mí un mismo querer, y no querer contigo, y que no pueda querer, ni no querer, sino aquello que tú quieries, y no quieries.»

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

SAN PIO I, papa y mártir, en Roma; recibió la corona del martirio en la persecucion de Marco Aurelio Antonino. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES GENARO Y PELAGIA, en Nicópolis de Armenia; los cuales por cuatro dias seguidos fueron puestos